

mundo gráfico



Miércoles, 17 de Marzo de 1937

AÑO XXVII
Número 1323
Herrera, 73
MADRID

Barcelona pide la creación del Ejército Popular

En el desfile hace unos días celebrado en Barcelona para pedir la creación del Ejército Popular Regular figuraron las enfermeras de la Cruz Roja, a algunas de las cuales se ve en esta fotografía a su paso por una de las principales vías barcelonesas (Fots. Torrents)

Una pregunta á
la gente de la calle

El problema de la no intervención

Primero se fijó la fecha del 6 de Marzo; luego, la del 13, para la entrada en vigor del plan de control elaborado por el Comité de no intervención en la guerra española. Los periódicos europeos de todos los matices han comentado, desde sus respectivos puntos de vista, las causas y las consecuencias de este aplazamiento. En definitiva, quien ha hecho la crítica más serena y la mejor exposición de tranquila fortaleza ha sido el Gobierno legítimo de España, en su nota de hace unos días, no oponiéndose a la salida de España de aquellos combatientes extranjeros que luchan sobre el suelo español bajo las banderas de la legitimidad o de la facción, «porque los españoles—son palabras del ministro de Instrucción Pública—nos bastamos y nos sobramos para ganar la guerra provocada por los militares sublevados.

El tema—es natural—ha trascendido a la calle, hasta hacerse carne de comentario popular. El propósito del reportero ha sido recoger en esta encuesta ese estado de opinión.

1.—«No me fío»

Angel Ortega es un vendedor ambulante de la calle de Torrijos. Está recogiendo su mercancía cuando le aborda el reportero.

—¿El plan de control? La verdad es que no fío nada en su eficacia. Si los firmantes del pacto de no intervención fueran todos sinceros... Pero ya verá usted como al final los perjudicados somos nosotros. Y si no, al tiempo.

2.—«Esa irritante igualdad...»

Un ciego. Acaba de apearse del tranvía y nos pide que le acompañemos hasta la acera. Por el camino le hacemos la pregunta.

—Realmente, de eso yo no puedo opinar. Como, desgraciadamente, me es imposible leer periódicos... Pero... El ciego hace una pausa para tantear con su bastón la pared próxima, y, después de orientarse, continúa:

—Desde luego, no hay que ser muy lince para comprender que desde el momento en que esos señores de Londres colocan en el mismo plano de igualdad al Gobierno legítimo y al faccioso, nosotros, los que estamos al lado de la legalidad, somos los perjudicados. Esa igualdad es irritante.

3.—«Eso es una farsa»

Jesús Carrizosa. De la C. N. T. Tampoco fía mucho en el plan elaborado en Londres por lord Plymouth.

—Eso es una farsa. ¿Para qué vamos a andar con medias tintas? Aun así y todo, venceremos a Franco, porque tenemos razón. Y contra la razón no se puede ir.

4.—La imposible imparcialidad

Juan Manuel Carrizosa, padre del anterior. Portero de una casa de la calle de Juan Bravo. Cuando le hacemos la pregunta está leyendo un periódico. Y nos responde



¿Que opina usted del plan de control sobre las fronteras españolas?

con la lectura en alta voz de estos párrafos del diario que tiene entre las manos:

«Los acuerdos del Gran Consejo Fascista demuestran claramente que Italia busca la guerra. Y Francia advierte que la amenaza que se yergue en una nación vecina se va haciendo demasiado insolente e intolerable. Pero hay aún algo más, que ha producido bastante sensación en los medios políticos y populares de Francia. Mussolini ha hecho que se aprobase el siguiente orden del día:

«El Gran Consejo Fascista se solidariza con la España nacionalista y expresa el deseo de una rápida victoria del general Franco.»

Después de la lectura se quita las gafas, y apostilla su respuesta con este comentario:

—¿Usted cree que un país que piensa así, estando encargado de la vigilancia de nuestras costas del Mediterráneo, puede desempeñar su cometido con imparcialidad?

5.—La pasividad de los países democráticos

Emilia Herrera. Estudiante. Se queda un momento perpleja ante la pregunta. Pero reacciona en seguida:

—El plan de control me parece uno de tantos acuerdos internacionales de cuya ineficacia no hay ni que hablar. España está siendo doblemente mártir, por culpa de sus enemigos de dentro y de fuera. La actitud de los países fascistas, al fin y al cabo, no puede extrañar a nadie. Pero esa pasividad de las naciones que se llaman democráticas...

6.—Los puntos sobre las íes

Un profesor particular: Eduardo Seco. Viene por la acera apresuradamente, con el aire del hombre trabajador que no dispone de un minuto libre.

—De eso, mejor es no hablar. ¿Para qué? Italia y Alemania siguen su política de intimidación frente a la tímida actitud de Francia y de Inglaterra. En este asunto de la no intervención ha sido Rusia la única que ha puesto los puntos sobre las íes; pero está sola. Afortunadamente, las reservas de heroísmo de España, de la España leal, de la España auténtica, son inagotables. Y el triunfo es seguro.

Y dicho esto, se marcha con su paso apresurado de hombre atareadísimo.

7.—Dos y dos son cuatro, y no «cinco»

Una modista: Encarna C. Moncayo. Acaba de salir del taller, con un andar gracioso y ágil, de madrileña costurera.

—¡Ay, hijo! Yo de eso sé muy poco. Pero, en fin, me huelo que de todas esas reuniones de Londres no saldrá nada bueno para España. Lo que yo no me explico es que discutan tanto cuando la cosa es bien sencilla. ¿No es el Gobierno legítimo de España el que preside Largo Caballero? ¿No es Franco un general que se ha sublevado contra el Gobierno legítimo? Lo natural es que el Gobierno de España sofoque esa rebelión. Y que si necesita ayuda, se la presten todos los Gobiernos legítimos de fuera. Todo lo que no sea esto es ganas de embrollar las cosas. La cosa es tan clara como que dos y dos son cuatro. Ahora que si esos caballeros de Londres quieren hacer ver que son cinco...

(Fots. Vide)

ANTONIO DE LA SERENA

La primera conquista obrera en España

Se cumplen ahora los treinta y tres años de la implantación del Descanso Dominical en España

Aquel Madrid de "Juan José", de "El abuelo" y de "El mozo crúo"...

La primera conquista de los trabajadores españoles organizados fue la ley del Descanso Dominical. En la cartelera teatral madrileña, en carne viva la hombría esclavizada de *Juan José*. Y todavía incierto el porvenir robusto del Partido Socialista. Marzo de 1904. Antonio Maura, ministro de la Gobernación. Y Pablo Iglesias, con un grupo de ásperezos rebeldes, enarbolando una bandera revolucionaria de emancipación obrera. Se cumplen ahora, desde entonces, treinta y tres años justamente. Cuando los trabajadores españoles organizados setán riñendo una batalla decisiva para la conquista final. Treinta y tres años de porfía difícil, pero sin pausa, que es casi toda la historia de la lucha por los derechos del trabajo. Desde aquella primera conquista mínima a las anchas prerrogativas de hoy. Parece que ha transcurrido tanto tiempo que no quede ya nadie que lo pueda contar. Y hay muchos, sin embargo, que pueden recordar aún aquel día.

Historia de la ley del Descanso Dominical

Ya en 1899, siendo ministro de la Gobernación, Eduardo Dato envió al Instituto de Reformas Sociales un proyecto de ley estableciendo el descanso para los domingos y días festivos, que, presentado a las Cortes, ni siquiera llegó a subir al orden del día, en el que tantos buenos propósitos de gobierno quedaron. Posteriormente, en 1902, fue al Senado otro proyecto de descanso obligatorio semanal, que igualmente quedó en proyecto. Hasta que, en circunstancias políticas de lucha apasionada en las Cortes y de bulliciosa agitación en las calles, Maura, al frente de un Gobierno con mayoría parlamentaria en precario y sin asistencias populares en el país, logró ver promulgada la ley del Descanso Dominical. Era el 4 de Marzo de 1904. Viernes. Y el primer domingo de vigencia de la ley recién promulgada, el día 6.

El primer domingo que no fue día laborable para el comercio

Todavía quedan muchos que pueden recordar aquel día. Y uno de ellos, este pequeño industrial madrileño, Valentín Angulema, establecido hoy con un almacén de bebidas en un populoso barrio, y en aquel tiempo aprendiz de dependiente en una tienda de coloniales de Chamberí.

—El comercio era entonces, para los trabajadores, un servicio de esclavitud—cuenta Valentín—. Se vivía en las trastiendas, donde el amo iba amontonando los sacos viejos para que nos sirvieran de cama. Había que despertar con el sol, y muchas veces, en el invierno, antes que el sol. Y así un día y otro, sin descanso. Los domingos no se diferenciaban en nada para nosotros de los días labo-

rables para los demás. Hasta aquel domingo de Marzo de 1904, en que la ley obligaba a que permanecieran cerradas las tiendas por primera vez.

Recuerdos del Madrid de hace treinta y tres años

Valentín Angulema no había ido nunca al teatro. Por lo que él oía a otro compañero y al amo—que era muy aficionado al género chico—, le parecía que le había de gustar.

—Por entonces estaba muy en boga aquella canción de «El cangrejo», de *El mozo crúo*. *El Liberal* publicaba a diario unos comentarios satíricos a la persecución de que por las autoridades se hacía objeto con la Policía a Riquelme y a la Soler cada vez que, con la música de aquella canción, cantaban letrillas alusivas a Maura. Recuerdo—añade Valentín—una que decía: «Para ser hombre de viso,—me dijo mi prima Laura,—hay que ser un sinvergüenza—y que le proteja... *Lagartijillo*». *Lagartijillo* era Maura, ¡claro!—cree necesario aclarar—. Y creo que aquella letrilla le costó a Riquelme quinientas pesetas de multa. *El mozo crúo* era así la pieza teatral que no se cansaban de ver y oír los madrileños. Y yo también quise ir al teatro de la Zarzuela, en el que se representaba *El mozo crúo*, aquel primer domingo de mi vida de trabajador en que no tenía que trabajar. Pero no sé si porque no encontrara localidades—localidades de las que podía pagar el «chico de la tienda», con un salario de quince pesetas mensuales—o porque mi compañero, que prefería en el teatro lo dramático a lo lírico, me lo aconsejara, fui a ver *El abuelo*, al Español. Luego he vuelto al teatro muchas veces. Y he visto representar a distintos actores el drama de Galdós. Pero de aquella primera vez en que desde un asiento de segundo piso asistí a una función teatral, conservo una impresión imborrable. ¡Cómo sentía yo entonces las dudas terribles del León de Albrít! ¡Y cómo en el curso del drama me esforzaba en adivinar cuál era la verdadera nieta entre las dos muchachas! El tiempo se me pasó sin sentir. Eran las siete y media cuando acabó la representación. Entonces los teatros daban una sola sección de tarde los domingos. Y empezaba a las cuatro y media. La tienda estaba un poco lejos. ¡Y qué mirada de irritación me dirigió el amo al verme regresar después de las ocho! Creo que la ley del Descanso Dominical le pareció una usurpación de lo que consideraba su derecho de propiedad sobre nosotros. Y acaso el principio de la revolución social—recuerda Valentín.

Hace treinta y tres años. El Descanso Dominical era entonces para muchos patronos españoles una conquista revolucionaria de los trabajadores organizados. ¡Quién les hubiera dicho lo que sería la República española de los trabajadores treinta y tres años después! Cuando aquella efemérides adquiere una significación ejemplar.

José ROMERO CUESTA

(Fot. Video)



VALENCIA

Los heridos en la guerra, lejos de los suyos, encuentran en estas mujeres que les visitan consuelo y alivio en las horas tristes y dolorosas del hospital de sangre

LA mujer tiene en esta guerra un papel fundamental. Porque ella, que no suele tomar gran interés en la pugna por diferentes ideas, cuando es consciente de que la lucha que se plantea no es ya de unos ideales contra otros, sino que se juega la vida de sus hombres, de todo cuanto ama, de todo lo que es suyo, porque lo ha criado y cuidado, sabe pelear, sabe luchar, sabe llegar hasta los mayores sacrificios, porque nadie mejor que ella sabe por sus sentidos percibir el peligro y nadie con tanta fuerza como ella desea evitarlo.

Y si la mujer puede ser una fuerza decisiva para esta lucha, debe encauzarse, desarrollarse esta fuerza para que mejor pueda cumplir el papel que le corresponde en esta histórica lucha. Es menester desarrollar la conciencia que la mujer tiene de la presente guerra; hay que encauzar sus propias iniciativas de lucha, y es por esto por lo que surgen los Comités de Mujeres Antifascistas.

¿Qué son estos Comités? En primer lugar, el organismo en donde se unen todas las mujeres de cada pueblo; piensen como piensen. Es el lazo de unidad de todas las mujeres que quieren la paz, que quieren evitar el dolor y las lágrimas que la guerra produce.

La obra del Comité formado por las mujeres valencianas

El Comité de Mujeres Antifascistas, representación de todas, es un instrumento de trabajo, un verdadero or-

*La magnífica
y constante labor
que realiza en la
retaguardia el
Comité de Mujeres
Antifascistas*

ganismo que hace realidad, que facilita y encauza el esfuerzo que la guerra necesita de todas las mujeres.

Se han constituido a toda prisa y en todos los pueblos estos Comités; la guerra necesita el máximo rendimiento de trabajo y de producción, y es natural que, por muchas iniciativas que tengan las compañeras, éstas no darán de sí todo lo que pueden si se encuentran desperdigadas, sin la cohesión necesaria para orientar todas sus actividades.

Es magnífica la labor de estos Comités de Mujeres Antifascistas. En Valencia, la obra de este Comité es intensa y eficaz.

Visita los hospitales de sangre, donde los heridos—héroe alejados de los suyos, valientes guerrilleros que lucharon por un ideal magnífico, por un nuevo amanecer de la nueva vida, dejando para ello tierras y amores—necesitan de la asistencia moral en momentos de dolor y tristeza. Visita los hospitales y a los que allí yacen en lecho de dolor; les escriben cartas, leen revistas, llevan ropas, utensilios de aseo y gestionan en la calle cuantos encargos les confían ellos, ya que la mayoría carecen de familiares en el punto donde se hallan.

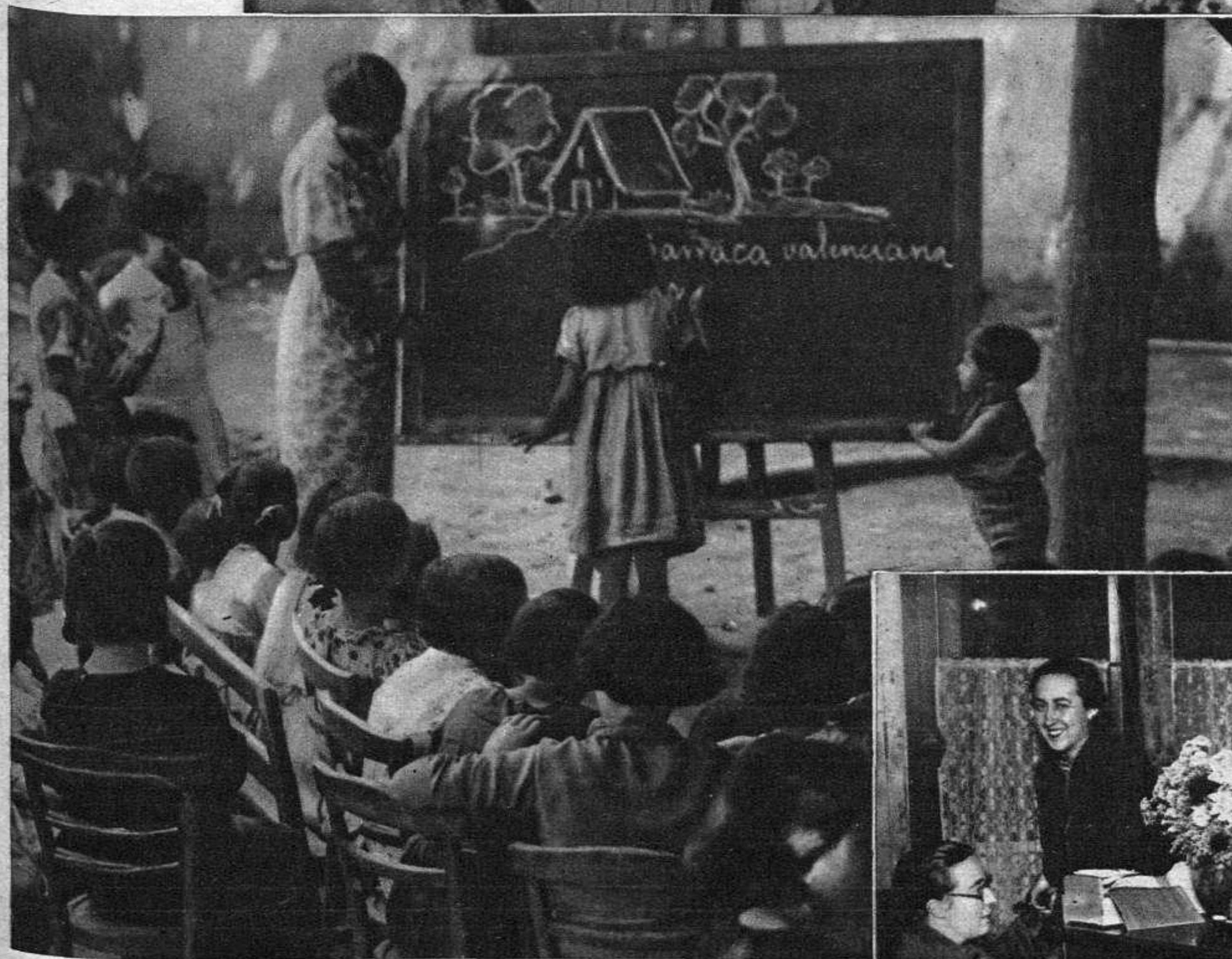
En guarderías y hogares-escuela ponen de manifiesto el amor y cariño a los niños desamparados, huérfanos de padres que cayeron bajo la metralla cruel, en noches oscuras de bombardeo a la ciudad mártir, corazón y vida de la España republicana. Niños apartados del horror de la guerra que todavía llevan pegados en sus oídos los cañonazos, el ruido de los motores y el tableteo de las ametralladoras.

Para ellos, cariño y amor de madre. Para ellos, caricias y besos que hagan olvidar recuerdos tristes en la inmensa noche de la soledad. Besos y caricias que no hagan lejanos los de aquellas que mecían su cuna y cantaban canciones de paz y de amor.

Un grupo de milicianos, ya convalecientes, han dedicado su primera salida del hospital para ofrecer flores a las caritativas y humanitarias mujeres que les prestaron su ayuda moral en momentos de dolor, junto a la cama del hospital de sangre



Los pequeñuelos evacuados de Madrid, bajo el clemente cielo valenciano, reciben clase al aire libre



El Comité valenciano de Mujeres Antifascistas trabaja incansablemente, desarrollando una inmensa labor en la retaguardia.

Figuras del Comité

Las responsables de este Comité son: Consuelo Barber, responsable de la Comisión de Hospitales de Sangre; Carmen Manzana, responsable de los talleres de Intendencia; Rafaela Camoin, responsable de Organización; Marina Manuel, responsable de la Sección de Propaganda; Amparo Navarro, responsable de Enseñanza y Asistencia Social, y Pilar Soler, secretaria general del Comité.

La obra realizada por este grupo de mujeres es muy extensa. Han organizado, además de lo ya expuesto anteriormente, talleres de ropa de Intendencia. Estos talleres funcionan en todos los barrios valencianos. Con ello se resuelven dos problemas: el de la confección de ropas en abundancia para el Ejército y el del paro de las obreras. Problema éste tan interesante como el otro.

Las responsables del Comité de Mujeres Antifascistas, reunidas en sesión en su local social (Fots. Vidal Corella)



La labor que viene realizándose en la huerta levantina

En el campo, como en la ciudad, también la labor de estos Comités se ha manifestado en forma espléndida. En la huerta, las mujeres se han movilizad rápidamente, estableciendo granjas, donde intensifican de manera extraordinaria la cría de aves y la producción de huevos, elementos de gran necesidad para el abastecimiento de

hospitales y para lograr una alimentación apropiada para los niños y enfermos.

También, como las de la ciudad, las mujeres de la huerta ayudan y acogen a los evacuados de otras ciudades, organizando la recogida de ropas y facilitando viviendas y camas a todos aquellos que lo necesitan.

En resumen: los Comités de Mujeres Antifascistas son, en la capital y en los pueblos, auténticos instrumentos capaces de crear y desarrollar todo lo que pueda ayudar a resolver inconvenientes, a suplir faltas, a facilitar, con

su trabajo, la labor que el Gobierno necesita realizar para ganar la guerra.

Los Comités de Mujeres Antifascistas tienen como finalidad convertir a las mujeres en verdaderas milicianas del trabajo en la retaguardia, milicianas capaces, por su abnegación y sacrificio, de evitar dolores y sembrar alegrías, por todos los medios, en todos los terrenos que la guerra hace tristes y dolorosos.

FAUSTO LAMAIA



El desfile de los movilizados

(Fots. Torrents)

El desfile de las Milicias Alpinas

BARCELONA

PIDE LA CREACION
DEL EJERCITO
POPULAR REGULAR



El desfile de los guardias de Seguridad y de Asalto



El paso de la manifestación por la Rambla de Santa Mónica
(Fot. Merletti, hijo)

Los alumnos de la Escuela Popular de Guerra durante el desfile en que Barcelona pidió la creación del Ejército Popular Regular

Las mujeres figuraron también en este desfile celebrado hace unos días en Barcelona



La

OBRAS DE
PROPAGANDA
Y ADHESION

Asociación de Amigos de la Unión Soviética



Los copiosos ejemplos de solidaridad que el pueblo ruso ha ofrecido al de España desde que empezó la guerra tienen entre nosotros un eco profundo de gratitud y adhesión. No es de ahora esta gran corriente de simpatía y de noble curiosidad que muchos intelectuales y demócratas españoles sienten por la gigantesca experiencia de la U. R. S. S.

Cristalizó hace tiempo esa adhesión de nuestro tiempo en la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, en la que figuraron en un principio eminentes figuras de la Ciencia, el Arte y la Literatura.

La Asociación tuvo en los últimos tiempos de la Monarquía una vida precaria y casi clandestina; la vigorizó la República, y fué hostilizada y perseguida durante el bienio derechista. Con la guerra ha recuperado su legítima actividad, y hoy realiza una labor intensa y meritoria, a la que hay adscritos muchos entusiasmos y ciertas iniciativas.

El camarada secretario, Daniel González y Rosado, delegado de Propaganda y Prensa de la Asociación, nos informa, con todo detalle, de los trabajos que en ella se realizan.

—La idea de la Asociación nació de la necesidad que se sentía de contrarrestar en todos los países la propaganda fascista contra Rusia. La gran Prensa mundial, en manos del capitalismo, hacía obstrucción a la gran experiencia rusa, presentando la obra del comunismo como un fracaso y rodeándola de un ambiente de terror. Empezaron a fundarse en todas las naciones estas Asociaciones de Amigos de la U. R. S. S., cuya misión es propagar, por todos los medios, conferencias, publicaciones de libros y periódicos, películas, etc., la verdad acerca del gran país soviético, desvanecer los falsos informes y las estúpidas calumnias con que el capitalismo trata de oscurecer el significado del magnífico progreso ruso.

—¿Cómo se realiza en España esa obra de difusión?

—Por medio de una intensa propaganda, que se realiza diariamente en las calles, en las fábricas y en los talleres. Repartimos gran cantidad de impresos, revistas, periódicos, folletos; enviamos a la Prensa traducciones de artículos que hablan del magnífico desarrollo social, económico y cultural de Rusia. Damos charlas, que algunas veces, por medio de los altavoces, llegan hasta las trincheras enemigas. En las fábricas y talleres se organizan «Rincones de Amigos de la U. R. S. S.», a los que se le facilitan libros, periódicos y películas sobre Rusia. Para la propaganda callejera disponemos de varios periódicos murales y uno ambulante, que llevamos diariamente por las calles céntricas, además de fijar numerosos *affiches* sobre temas soviéticos.

—¿Qué acogida tiene entre el pueblo esta labor de la Asociación?

—Magnífica. Cada día se incrementa el número de socios, que el año pasado apenas llegaba a dos mil y hoy pasan de ocho mil quinientos en Madrid. Hemos fijado una cuota modestísima (dos pesetas al año) para que puedan ingresar en nuestra Asociación las clases trabajadoras, que son las que con mayor entusiasmo sienten la admiración y la gratitud por la solidaridad que Rusia nos presta.



Arriba: Un grupo de afiliados a los Amigos de la Unión Soviética, en el salón de lectura de dicha entidad.—Abajo: El camarada Rosado, delegado de Propaganda y Prensa de los Amigos de la Unión Soviética, preparando la propaganda callejera mural, que tan intensamente realiza esta Asociación

(Fots. Videá)

—¿Está adscrita la Asociación a algún partido político?

—Los Amigos de la U. R. S. S., como tal Asociación, es totalmente apolítica, y pueden pertenecer a ella personas de todos los partidos y tendencias sociales. Nosotros no actuamos en política. Nuestra labor es de propaganda y adhesión a la gran experiencia soviética, y ésta, por el esfuerzo gigantesco que representa y por sus formidables resultados, es digna de ser admirada por todos cuantos sienten la causa de la democracia universal.

—¿Qué proyectos tiene para el futuro la Asociación de Amigos de la U. R. S. S.?

—Establecer cada vez mayores contactos con la Unión Soviética, organizando, con toda la frecuencia posible, viajes colectivos a aquel país. Aspiramos a obtener la exclusiva en la proyección de las películas soviéticas y poder ampliar nuestros medios de propaganda editando libros y revistas, entre ellas la magnífica *La U. R. S. S. en construcción*, que se publica ya en francés, y nosotros nos proponemos editar en castellano. También intensificaremos los ciclos de charlas soviéticas, lo mismo en nuestro salón de actos, que cedemos frecuentemente a núcleos de obreros de fábricas y talleres, como en reunio-

nes públicas y fiestas de arte. Ahora, diariamente, clases de ruso a unos treinta alumnos, y próximamente habrá que multiplicar estas enseñanzas, pues la matrícula es cada vez más copiosa. Son centenares los obreros que desean aprender el idioma ruso para informarse directamente del movimiento cultural de Rusia, que ahora nosotros le servimos por medio de traducciones. Hay en nuestras clases media y popular una gran avidez, una inmensa curiosidad por todo lo que a Rusia se refiere. La Asociación de Amigos de la Unión Soviética hará cuanto pueda por servirla. Hemos trabajado hasta aquí un poco deslabazadamente; pero ya nos hemos organizado y laboramos con arreglo a un plan trimestral intensivo, del que esperamos espléndidos resultados. Hemos sido los primeros en la campaña Pro Komsomol, y nuestra recaudación pasa ya de las veinte mil pesetas. Todo nuestro esfuerzo y todo nuestro entusiasmo seguirá en tensión al servicio de la propaganda que difunda entre nuestro pueblo la verdad fecunda, el ejemplo admirable de la magnífica experiencia rusa.

A. R.

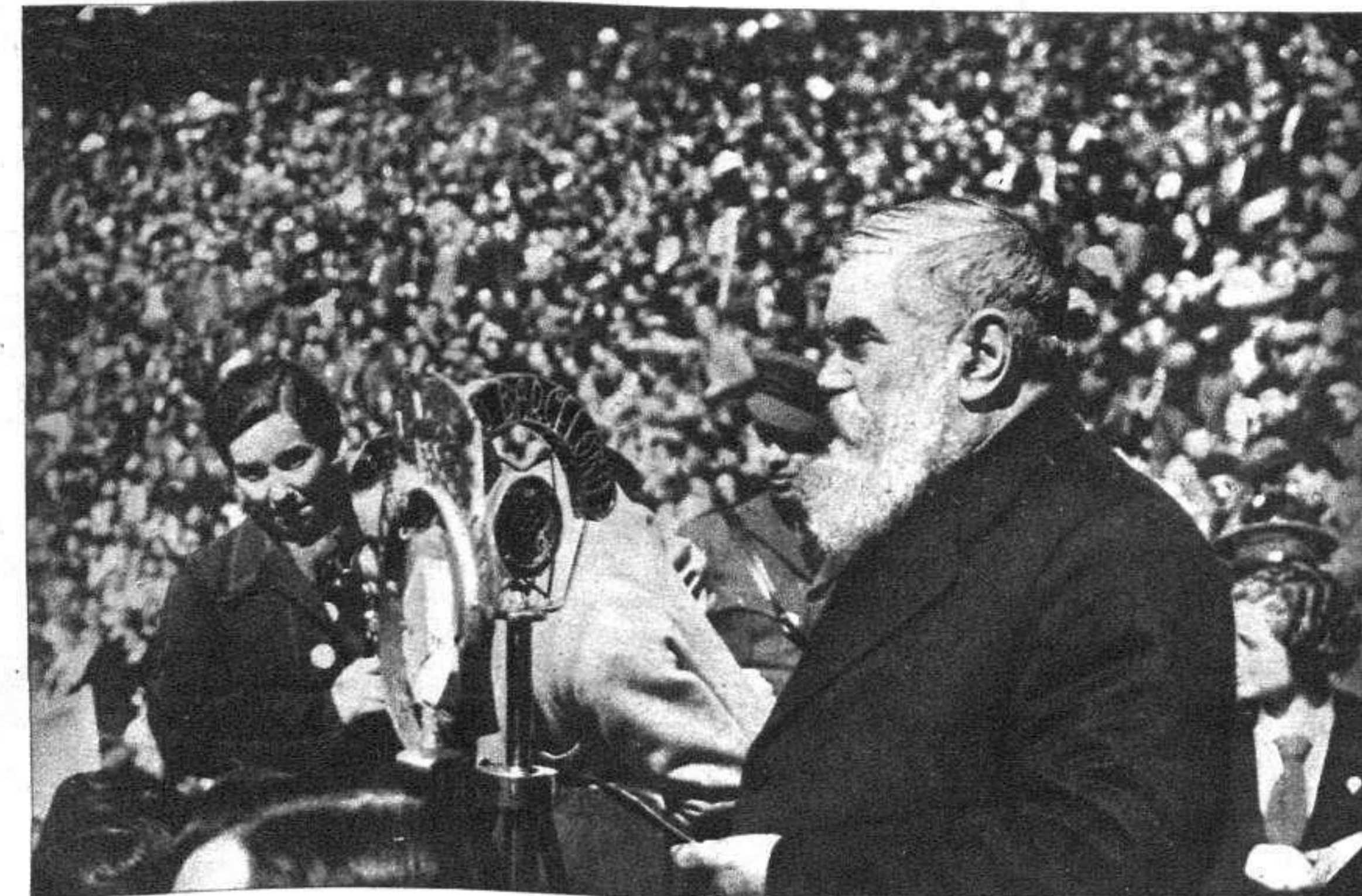
BARCELONA por MADRID



El presidente Companys llega a la Monumental para tomar parte en el acto celebrado en pro de la ayuda a Madrid
(Fots. Torrents)



Teresa Pamies habló en nombre de las muchachas catalanas en el acto celebrado en la Monumental, con motivo del día de Madrid
(Fot. Merletti, hijo)



Isidoro Acevedo, presidente del Socorro Rojo Internacional, habló en representación de esta Asociación de solidaridad
(Fot. Merletti, hijo)

Al culminar en los cuatro meses la heroica defensa de la capital de la República, Barcelona ha rendido un ferviente homenaje al pueblo madrileño. La Semana de Madrid ha compendiado en la capital catalana una serie de actos de fervorosa simpatía, y también de adhesiones prácticas, de contribuciones materiales, al pueblo cuya tenaz defensa, cuyo magnífico ejemplo heroico es hoy asombro y admiración del mundo.

En Barcelona no se ha fabricado un día pan, para que los 250.000 kilos de la harina del consumo habitual sean enviados a Madrid. Todas las organizaciones sindicales y políticas, las industrias y comercios, han cubierto copiosas suscripciones, cuyo importe se libra en beneficio de la capital de la nación. Madrid ha sido exaltado en Barcelona como un estímulo y un ejemplo supremo de la guerra, del más alto espíritu combativo, y también de la más digna civilidad. Porque el homenaje se ha extendido no sólo a las fuerzas que desde hace cuatro meses luchan gloriosamente en los alrededores de nuestra ciudad, defendiéndola con tesón incomparable, sino también a la población civil, a la muchedumbre que en la retaguardia colabora incansable, sufriendo todos los riesgos y dolores de la guerra con un estoicismo y una noble serenidad sin par.

Empieza a encontrar cauce digno, apreciación justa, reconocimiento en forma eficaz, la obra formidable, la actitud de suprema dignidad patriótica de que Madrid viene siendo ejemplo desde hace cuatro meses. Barcelona inicia felizmente el ciclo del gigantesco homenaje, no sólo de admiración, sino de gratitud, que por parte de toda la España leal Madrid ha venido mereciendo.

Acaso un poco tardíamente, la España que aun no conoce en toda su intensidad el dramatismo de la guerra empieza a darse verdadera y justa cuenta de todo lo que debe a Madrid.

Y es hora de que ese débito, que no es sólo expresión verbalista y sentimental, se traduzca en resoluciones prácticas, en decididas colaboraciones materiales... Bien están las hojas de laurel para las coronas del heroísmo; pero mejor y más oportuno, la harina y los frutos para mantener a los héroes. «Tripas llevan piernas», según el clásico decir, y aunque las piernas del Madrid heroico —ya se ha probado— no le sirven para correr, sino que se han enraizado en la tierra que defiende su ciudad querida, para que esas piernas continúen firmes es necesario nutrir las, cuidar de que no les falte vigor y que estén en su día aptas para el avance definitivo y liberador.

Esa es la misión presente de Levante, de Cataluña, de todas las restantes ciudades y pueblos leales.

No basta con que las capitales manifiesten con fervor



Durante el acto de la Monumental, entre la emoción de la enorme multitud allí congregada, el presidente Companys besó a ese chiquillo madrileño, evacuado de nuestra capital

La ayuda a la capital heroica

multitudinario su adhesión. El impulso colaboracionista con Madrid debe llegar a todos los pueblos, aun a los más pequeños. Que ninguno se crea amparado en su distancia o en su pequeñez; porque la guerra tiene los cien ojos de Argos y los cien brazos de I'iphon, y puede llegar a todas partes... Está llegando, con su crueldad ciega, a todas partes. Aviones enemigos, en estos días, han descargado su metralla mortífera sobre minúsculos apartados pueblecillos de Valencia y de Cataluña, lugares sin aprestos bélicos ni objetivos militares.

Que el ejemplo de Barcelona y la dramática experiencia de esos bombardeos rurales sirva de acicate que difunda el entusiasmo y despierte la emulación por todos los ámbitos de la España leal.

Madrid es el símbolo y quizá la clave de la guerra. Madrid es el escudo y el baluarte en que se están estrechando los más rudos esfuerzos enemigos. Pero Madrid también—hay que reiterar constantemente esta verdad—está sirviendo de parapeto defensor a todos esos pueblos de la España leal donde aun se puede trabajar y vivir pacíficamente.

No es mucho pedir que todos esos pueblos contribuyan, no sólo por espíritu de admiración, sino por imperativo de su instinto de conservación, a que Madrid continúe en mejores condiciones cada día su defensa admirable. Laurel para la frente de los héroes, pero también pan para sus bocas, y armas para sus manos, y ropas para sus cuerpos. La guerra tiene fauces insaciables, capaces de devorar en un día el esfuerzo de un año. Los cuatro meses de guerra en las puertas de Madrid no han quebrantado la capacidad material de lucha de nuestro pueblo y han vigorizado su espíritu. Ya es bastante lo que Madrid ha hecho, aunque no sea nada en comparación a lo que aun le queda por hacer y es capaz de realizar. Pero en esa tarea gigantesca y gloriosa, Madrid debe tener—de ahora en adelante más que nunca—la asistencia directa, la ayuda entusiasta y eficaz de todos los demás pueblos leales. Madrid, en sus trincheras, no sólo se está defendiendo a sí mismo, sino que está siendo la salvaguardia de todos los demás pueblos españoles.

Es lógico que pida más, que necesite más, y que todos estén obligados a su demanda. Un niño madrileño, refugiado en Barcelona, ha proclamado esta verdad y dictado esta norma de conducta, en el acto celebrado en la Plaza Monumental de la capital catalana, con estas emocionadas palabras, dirigidas a una multitud inmensa:

«Camaradas: Los niños refugiados os agradecemos lo que hacéis por nosotros; pero os pedimos que hagáis más, mucho más, para que podamos volver pronto al lado de nuestros padres...»

ALVARO REAL



La presidencia del acto celebrado en la Monumental el Día de Madrid



Federica Montseny pronunció también un discurso el Día de Madrid
(Fots. Torrents)



Aurora Arnáiz habló en nombre de las mujeres de Vizcaya, y sus palabras fueron calurosamente aplaudidas por la multitud
(Fot. Merletti, hijo)

La labor de agitación cerca de las líneas enemigas

Altavoces, octavillas, cohetes...



Merced a la labor de agitación desarrollada en el campo enemigo, estos soldados, como otros muchos, se pasaron a nuestras filas

EN esos evadidos que frecuentemente se pasan a nuestro campo hay muchas veces una afinidad ideológica, una comunidad de sentimientos. Pero otras veces la evasión es producto de una certera labor de agitación desarrollada cerca de las líneas contrarias, en un noble afán de llevar el convencimiento a los soldados combatientes del otro bando.

¿Hará falta decir que nuestra guerra civil tiene un profundo sentido político y que los combatientes están penetrados, como inflamados de este acento político de la contienda? Esa emoción política es la que inspira y llena la labor de agitación desarrollada cerca de las líneas enemigas. Se utilizan para ella medios muy distintos: desde el lanzamiento de manifiestos y Prensa hasta el procedimiento de los altavoces, usado, como es sabido, desde algunas trincheras.

Muchas noches, en el gran silencio sobre el campo de batalla—un silencio apretado, denso y hondo—, han roto esa quietud los altavoces. Himnos proletarios en las trincheras. Después, una voz potente, que ha repercutido con un eco largo en el silencio profundo de la noche.

—¡Aquí, EAJ7, Unión Radio de Buitrago!

Son los milicianos, que desde sus trincheras emiten noticias para los otros combatientes. Las palabras del altavoz resuenan por valles y montañas, llegan a los reductos y los parapetos, pasan sobre baterías y nidos de ametralladoras.

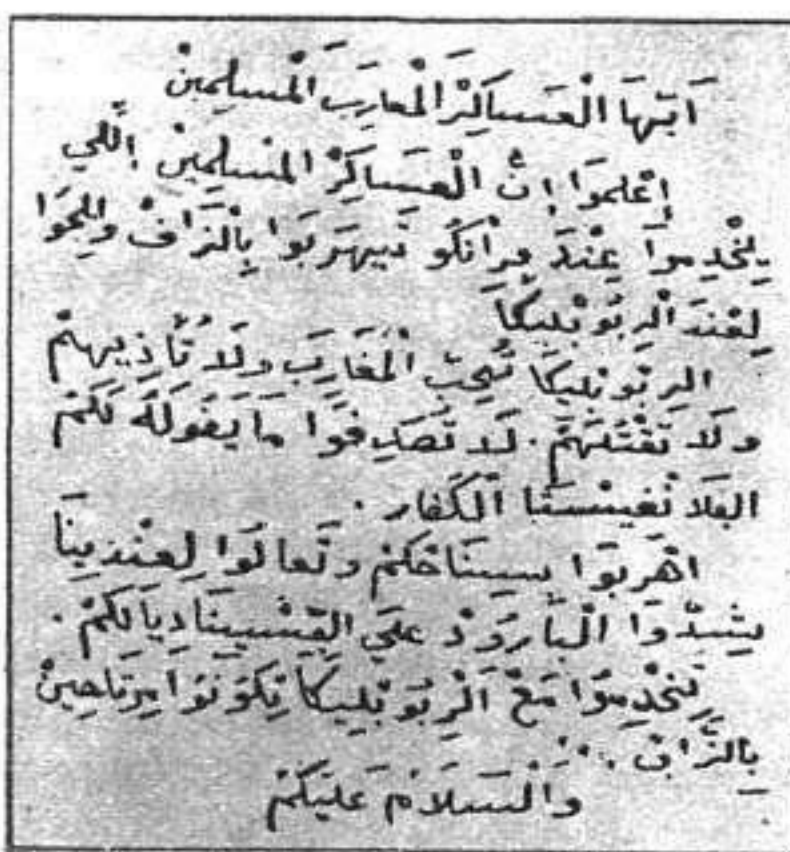
No sólo son noticias. Son, además, llamamientos, palabras para que aquellos otros combatientes se incorporen a la lucha popular. Muchas veces, un eco de insultos acoge las frases del altavoz. Otras se establece una polémica entre trincheras y trincheras. Otras, un largo silencio sigue a las últimas palabras, como si éstas, en la otra trincheras, estuvieran siendo meditadas. Y no es aislado el caso de que horas más tarde, cuando aun no ha empezado a clarear, unos hombres, arrastrándose por la tierra, escondiéndose entre las rocas, avancen hacia las trincheras, gritando al verse cerca de ellas:

—¡No disparéis! ¡Venimos con vosotros!

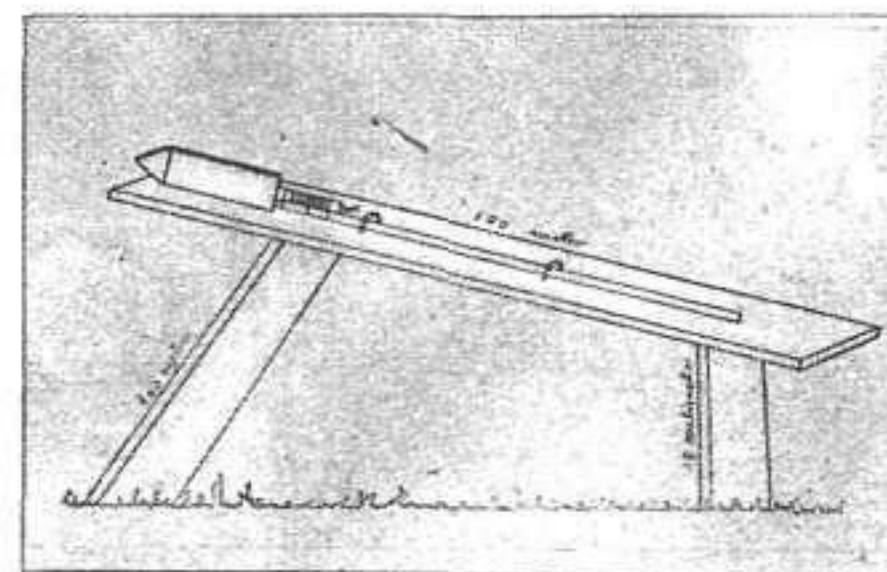
El hecho tiene una fuerte eficacia moral, que destaca el gran valor de esta labor de agitación desarrollada entre las líneas enemigas.

A esa eficacia contribuye también el lanzamiento de octavillas, con frases en las que se compendia somera, sencilla y expresivamente el sentido de la lucha. Estas hojas deben ser impresas en papel de diferentes colores, muy fino, con objeto de que así llamen la atención de los soldados del enemigo y puedan esparcirse bien. Si se imprimen octavillas distintas en papel blanco, el soldado, al verlas caer, puede suponer que son las mismas de otras veces, y que ya las ha leído. Si el papel no es ligero, quedan amontonadas en un mismo sitio, y es menor la posibilidad del soldado para cogerlas burlando la vigilancia del jefe. Es conveniente variar la presentación de las octavillas cada vez que se edita una distinta.

Los medios de envío de estas hojas de propaganda y agitación son distintos. A las trincheras más próximas pueden ser enviadas por medio de ondas. Y en ocasiones se ha empleado para ello paquetes de tabaco con las hojas dentro. En distancias mayores pueden ser utilizados globos que a favor del viento trans-



Esta proclama, redactada en árabe, fué lanzada por el 5.º Regimiento a los combatientes moros que luchan contra las fuerzas del Gobierno



Este aparato sencillísimo sirve para lanzar cohetes con paquetes de octavillas de propaganda sobre las posiciones enemigas

Cuando estalla este cohete dispersa las octavillas que contiene y hace caer éstas, en una verdadera lluvia, entre los combatientes del otro bando



porten las proclamas. Se atan éstas con una mecha, que ya sale prendida. Las proclamas van atadas de forma que cuando el fuego llega al nudo que las sujeta se rompe éste, dejándolas sueltas y haciéndolas caer, en forma de lluvia, sobre el terreno.

En los frentes en que las posiciones se mantienen durante mucho tiempo se puede emplear la cometa o barrilete.

A la cola de la cometa se atan mensajes para los soldados del otro bando, con solicitud de respuesta.

Otro procedimiento para hacer llegar las proclamas es el de aprovechar la obscuridad de la noche para colocar paquetes de ellas, con una bandera blanca, entre las dos líneas de fuego. Por la mañana, al salir el enemigo a recoger los paquetes de hojas, no se dispara, naturalmente.

Finalmente, y cuando ya las distancias entre línea y línea son, por ejemplo, de ochocientos metros, se pueden utilizar cohetes, que al estallar en el aire, esparcen las proclamas. El aparato para su lanzamiento es sencillísimo. Es éste, quizá, el medio con el que se ha conseguido una más constante eficacia.

Consignas para la evasión, palabras sobre el sentido de la lucha, razones por las que deben venir a combatir junto a sus hermanos... Todas estas octavillas llevan a los combatientes del otro bando la voz popular. No muere esta voz lanzada al viento, enviada de trincheras a trincheras. Su respuesta es la mejor respuesta. Entre las sombras de la noche, un hombre llega arrastrándose, ocultándose para que no le vean los que ha dejado a su espalda. Llega a las trincheras de donde salieron aquellas octavillas, y grita:

—¡No disparéis! ¡Vengo con vosotros!

PROBLEMAS DE LA GUERRA

LOS ESPAÑOLES Y EL ESPIONAJE

EMPIEZA a acusarse, y cada vez con más intensidad, entre nosotros la preocupación por un tema de la guerra que hasta ahora no se había perfilado en toda su importancia: el tema del espionaje.

Nuestra guerra, que nació de una agresión y fué respondida con un estallido de la conciencia popular, indignada, no tuvo, no pudo tener, por nuestra parte, la preparación científica, metódica y fría que es la norma de las contiendas modernas.

La lucha sorprendió al pueblo inerme, desarmado. Sólo en fuerza de entusiasmo y en derroche de heroísmo pudo contener el alud inicial de la sublevación militar. Los rebeldes lo tenían todo: las armas, la técnica y la preparación. Se luchó bravamente, podemos decir que ingenuamente, desde los primeros días. Al correr el tiempo, la guerra se ha transformado; de una pelea civil, de una lucha espontánea, ha pasado a ser una guerra seria, no sólo por sus tragedias humanas, sino también por su envergadura técnica, por la diversidad de sus armas, por la extensión de los frentes, por el rigor científico de las operaciones.

El pueblo se ha capacitado; los guerrilleros audaces, los luchadores desesperados de las barricadas y rústicas trincheras de los primeros días, han pasado a ser soldados disciplinados, que han asimilado, con esa rápida intuición típica en el pueblo, los modos y la técnica de un Ejército regular.

Y ahora, cuando ya está forjado, a costa de dolor y de esfuerzos heroicos, ese magnífico instrumento de lucha, surge, imperiosa, la preocupación por otra clase de

arma de importancia muchas veces decisiva en las guerras: el espionaje.

En España, ni ahora, ni mucho menos en tiempos de paz, se ha calibrado en toda su importancia lo que la organización del espionaje y de su persecución significa en el mecanismo de un Estado.

Hemos vivido descuidadamente, ingenuamente, de espaldas a esa preocupación. España, en cuestiones de espionajes interior y exterior, ha procedido, en frase vulgar, «a la pata la llana»; por eso, quizá, ha sido nuestra patria el paraíso del espía exótico... Realmente hemos tenido pocos secretos militares; pero esos pocos han estado liberalmente a merced de todas las curiosidades. No era raro ver en nuestras costas, a pocos pasos de fortalezas y recintos militares, pintorescos turistas que pintaban y hasta fotografiaban el paisaje, bajo la mirada paternal de nuestros centinelas.

Las redes misteriosas, los gastos enormes que otras naciones—Inglaterra, por ejemplo, con su «Intelligence Service»—gastaban en espionaje y contraespionaje, se nos antojaban a los españoles, cuando más, temas propios para películas de serie o relatos novelescos de Boudard.

No se culpe sólo a desidia oficial esta despreocupación, que luego, en la guerra, nos había de producir tantas sorpresas dolorosas. En términos generales, el espionaje no es flor de nuestro clima espiritual. El espía, por su mentalidad, por su idiosincrasia particular, por lo que en él hay de paciente, de sinuoso, de turbio, es un tipo que difícilmente se injertará en nuestro tronco racial. El espionaje requiere un metodismo, una paciencia y, sobre todo, una capacidad subterránea, oscura, de fingimiento e hipocresía totalmente exótica, acaso jamás adaptable en nuestras latitudes espirituales.

Es enorme el caudal de literatura verdadera, histórica y de la otra, de la imaginativa, que se ha derrochado sobre el tema del espionaje. Se han hecho en el mundo entero grandes fortunas explotando en el libro, en el teatro y en el cinematógrafo los problemas del espionaje. Se han publicado millares de informes fidedignos, ofi-

ciales y oficiosos, delineando las figuras de los ases de esta siniestra investigación. Ingleses, alemanes y franceses se disputan la palma en ese torneo dramático del espionaje. Pero ni en la literatura, ni en los informes policíacos, ni en toda la copiosa producción novelesca y cineástica del espionaje, se encuentra un tipo, una figura importante a la que se atribuya nacionalidad española.

Ni en el teatro, ni en el film, ni en los relatos de aventuras, ni en la realidad, los protagonistas del grande y siniestro drama del espionaje universal son españoles.

Queda con ello demostrada, no sabemos si por suerte o por desdicha, nuestra incapacidad, nuestra falta de actitud racial para el espionaje. Es un ejercicio que quizá sin razón, pero así es, repugna a nuestro carácter. En España, la delación, la soplonería, el turbio manejo acechante e hipócrita, el disimulo tenaz, la ductilidad misteriosa, la conducta tácita, no riman con nuestro espíritu. Hacemos las cosas quizá locamente, pero abiertamente, casi escandalosamente. El español habla a gritos, con la clara imprudencia del sentir pronto y la audacia temperamental.

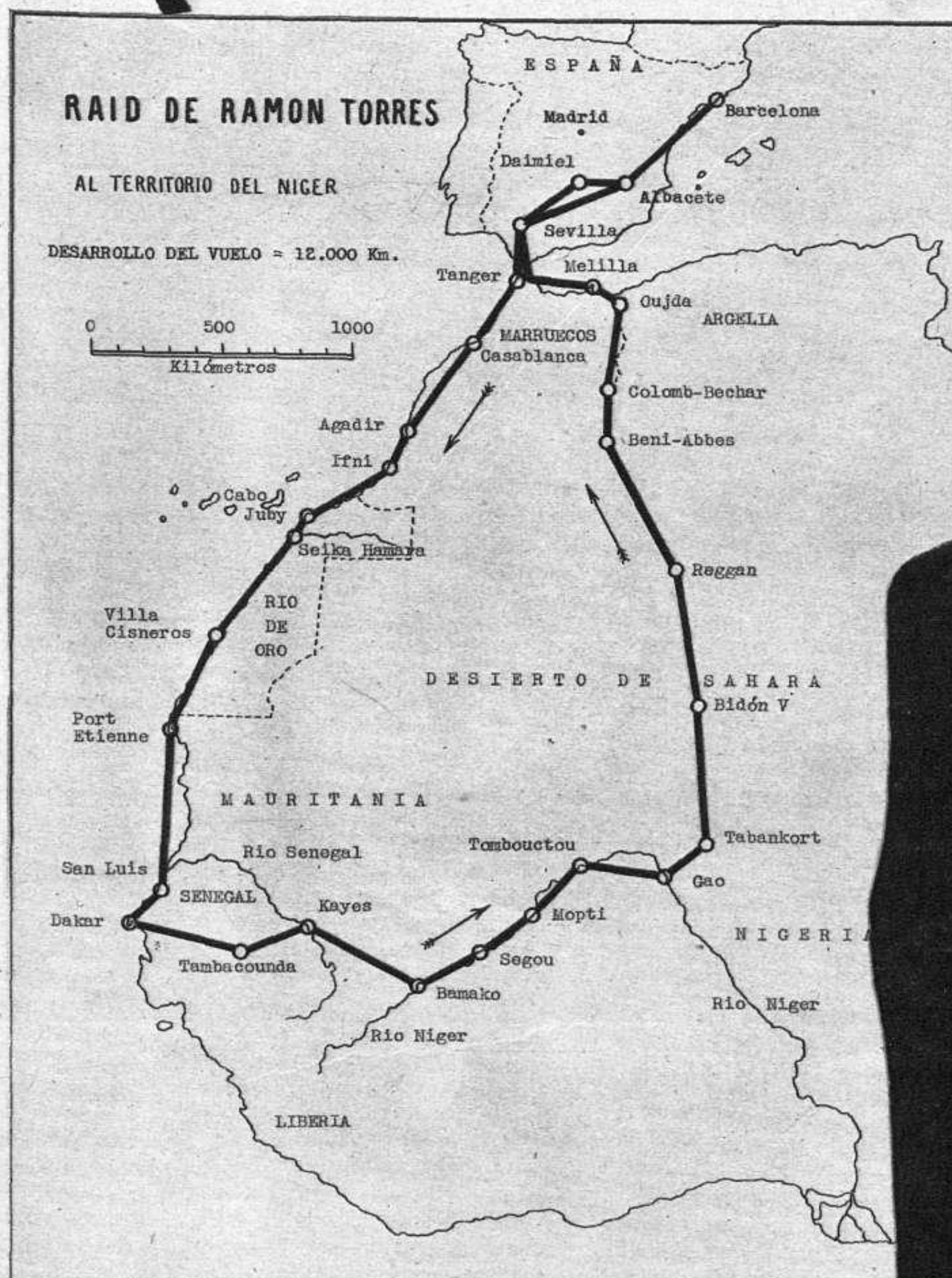
La guerra ha venido a descubrirnos este fallo, acaso el más irremediable de todos. Sabemos que el enemigo, y ahora más que nunca, con su injerto de germanos maestros en esta ciencia siniestra, posee un perfecto espionaje, que nada de nuestras actividades se escapa a su conocimiento, que su infiltración en nuestras filas con sus misteriosos servicios nos ha producido más de una sorpresa dolorosa.

Y ahora sentimos la necesidad de una organización de contraespionaje que contrarreste la actividad enemiga. Tarea acaso la más difícil de cuantas nos impone la guerra. Porque para ella nos faltan el hábito, la preparación y, sobre todo, el temperamento. Pídasenos sacrificio, heroísmo, gloriosa locura desesperada, y el español de raza dará de todo eso cumplidamente, generosamente. Pero confesemos orgullosamente nuestra penuria de espías. El español de raza sirve muy poco para eso. Lamentablemente, para la guerra. Afortunadamente, para siempre.—J. F.

Alas Republicanas

RAMON TORRES

el aviador famoso,
poseedor del «TROFEO
HARMOND 1934»
ha muerto en las
costas catalanas.



←Croquis del magnífico vuelo realizado por Ramón Torres sobre el África Central



Perfil, heroísmo y gloria del gran aviador desaparecido

ACABA de morir en Girona el famoso aviador catalán Ramón Torres. Ha encontrado la muerte en un acto de servicio, trabajando por la causa del pueblo español en armas frente a la insurrección militar. Un desgraciado accidente ha privado a la Aviación leal de uno de sus miembros más destacados y valiosos. Ramón Torres había salido, con otros cuatro compañeros—un teniente, dos ametralladores y un mecánico—, a bordo de un hidro, para vigilar las costas catalanas. Desde hace algunas semanas, el famoso aviador realizaba este servicio a diario, llevando así a los catalanes la seguridad de evitar cualquier sorpresa de ataque del enemigo por el mar o por el aire. En las inmediaciones de Armentera le falló el motor, y el aparato se precipitó rápidamente en el mar, y los cinco tripulantes perecieron en el accidente.

La Aviación española pierde, con la muerte de Ramón

Ramón Torres, el admirable aviador, muerto ahora en un accidente durante el servicio de vigilancia que diariamente realizaba sobre las costas de Cataluña

Torres, a uno de sus valores más positivos y famosos. Y la causa del pueblo, un defensor esforzado y leal.

Ramón Torres era una de las figuras más destacadas de la Aviación civil en Europa. Su vida, breve en años, era amplia en hazañas deportivas y arriesgadas. Torres era uno de esos hombres dinámicos y valerosos, de cara siempre a la aventura y al riesgo. Pertenecía a esa promoción de aviadores civiles, poco numerosa, pero apretada de valores altos, que habían tenido que formarse solos, sin protección del Estado. Era un enamorado del azul, un hombre que debió nacer con alas de pájaro. En magnífica posición económica, no quiso nunca permanecer ocioso. Se jugaba la vida cada día con una clara y serena sonrisa, un poco infantil, entre los labios finos. Era inquieto, aventurero, audaz; pero reflexivo, matemático y sereno en sus decisiones. Su sed inagotable de horizontes nuevos le llevaba siempre a realizar vuelos arriesgados, a rayar constantemente el azul para abrir caminos inéditos a las alas españolas.

—Sin alas y sin motor—había dicho él, con palabras certeras—, yo soy un hombre incompleto.

Hace poco más de dos años—en Diciembre de 1934—, Ramón Torres realizó el vuelo más importante de su vida, el que le hizo famoso. Fue un vuelo de turismo al África Central. Un vuelo de doce mil kilómetros, en circuito, entre la arena abrasadora del desierto y el bárbaro sol africano. Su avioneta *Potez 43*, al descender en el desierto, marcó las primeras huellas de neumáticos que recibía la arena en aquellos lugares, vírgenes para las alas mecánicas. Torres volvió famoso, con su nombre cruzado a toda plana en la primera página de los periódicos deportivos. Y tres meses después le entregaron el Trofeo Harmond que la Liga Internacional de Aviadores concede al aviador que más se destaca cada año. El mismo trofeo que posee Lindberg y que en 1933 se concedió a los desgraciados Barberán y Collar.

El día antes de la entrega del premio conocí a Ramón Torres. Al hombre y al aviador. Varios compañeros habían organizado en su honor una fiesta deportiva y espiritual, como prólogo a la entrega del trofeo: un vuelo. Pero no un vuelo cualquiera, no una jira aérea con aires volatines y ejercicios de equilibristas del espacio, sino un vuelo sereno, de hondo contenido espiritual: un vuelo en honor de Cervantes y sobre la ruta del Quijote, como un desagravio de nuestra época a la sangrienta burla de *Clavileño*.

A su lado, junto a los mandos, viéndole manejar con pulso firme el complicado artificio de llaves y palancas, fui todo el camino en aquella famosa avioneta que tres meses antes dejó su impronta enérgica sobre la arena virginal del desierto.

El mismo, señalándomelos con el dedo, iba diciéndome el nombre de los pueblos que pasaban bajo las alas del aparato, mientras, en conversación gustosa, evocaba el tesoro espiritual del libro maravilloso: *Illescas*, *Seseña*, *Aranjuez*, *Madrid*, *Campezo*, *Criptana*, *las lagunas de Ruidera*, *la Cueva de Montesinos*, *Argamasilla*, una venta perdida entre los campos cuadrículados, junto a los olivos en correcta formación al tresbolillo; la espada azul del Tajo, eran para él un punto de partida para el comentario oportuno o la evocación admirativa.

Recuerdo aún un trozo de aquella conversación, durante las horas de vuelo, cuando abordé el recuerdo de su último raid famoso:

—¿Cuál fué la mayor emoción de su último vuelo?

—Llegar al desierto; sentirme solo en aquella inmensidad inolvidable y grandiosa. Y haber logrado que fuera un español, un catalán, el primero en llegar al Bidón V. Aquella emoción me pagó con creces todas las penalidades sufridas durante el vuelo.

Poco antes de la sublevación militar, en los comienzos del verano, volvía a ver a Ramón Torres. Planeaba entonces otro vuelo de importancia, que había tenido que suspender, poco antes, por dificultades surgidas a última hora. La guerra le sorprendió en Barcelona, junto a su gran amigo Díaz Sandino. Y no dudó. Su esfuerzo, su valor, su sed inagotable de aventuras, su serenidad matemática, su competencia, su nombre de aviador famoso en todo el mundo, quedaron incorporados desde el primer día a la causa de la lealtad. Sirvió brillantemente en los frentes de Madrid y de Aragón. Ahora, en su Cataluña, a la que tanto amaba, le ha ido a buscar la muerte.

Las alas de la España leal tendrán ahora un temblor de emoción y un ronco sollozo de motores por el glorioso aviador desaparecido.

ANTONIO OTERO SECO

Alejandra Kolontay, embajadora de la U. R. S. S. en países distintos

Teoría y práctica de la emancipación amorosa de la mujer

Hacia la mujer nueva

UNA de las figuras femeninas más interesantes es la de Alejandra Kolontay, embajadora de los Soviets en países distintos, luchadora, escritora, propagandista... En el movimiento ascensional de la mujer hacia las actividades y las jerarquías que antes le estaban vedadas, el nombre, la vida y las ideas de Alejandra Kolontay señalan un capítulo de apasionante interés: un capítulo de largo eco cuando algún día se trace la historia de la mujer nueva.

Por esa «mujer nueva», por esa mujer desligada de las férreas ataduras tradicionales, de los prejuicios, de todo el terrible peso de una formación secular, lucha ardientemente Alejandra Kolontay. Sus ideas son para muchos, naturalmente, herejías, en aquel tiempo en que la mujer seguía siendo la esclava. Ella no se limitó a sembrar ideas, a propagarlas. Hizo algo más importante: las vivió, las practicó, las convirtió, en la vida suya, en carne de realidad. Toda esa vida suya es una lucha infatigable en favor de la nueva ideología femenina. Ella quiere en la mujer la igualdad de derechos, la emancipación amorosa... Y sobre estas ideas, como era lógico, la proyección socialista. Es decir, no la emancipación amorosa en un sentido individual, aislado, sino en un amplio sentido social. En sus campañas de agitación, estos temas de la emancipación femenina son siempre un primer plano.

Matrimonio y divorcio

Alejandra Kolontay se casa pronto, a los diez y nueve años. ¿Por amor? En realidad, ese primer matrimonio suyo fué una manera de contradecir la voluntad de sus padres, de protestar contra los deseos y los propósitos de ellos.

Se divorcia pronto también: a los tres años de matrimonio. Sola ya, se consagra afanosamente a la siembra y la propaganda de las nuevas ideas en torno a la moral y el sentimiento de la mujer. Recorre Europa y los Estados Unidos. Habla y habla ante auditorios distintos;

establece nexos de unión; recorre ambientes de agitación y de lucha. El amor que ella traza, como meta de la evolución social femenina, en sus palabras está también en su vida. Amor, amores... En esta etapa de su vida, ¿busca, efectivamente, Alejandra Kolontay el «amor nuevo»? ¿Es nada más una mujer que en su experiencia amorosa busca el documental, el dato y el hecho que le servirán para apoyar y reforzar sus teorías?

El segundo marido

Tenía una gran belleza. Alta, esbelta, rubia. Todavía hoy, en qué cuenta ya más de sesenta años, Alejandra Kolontay refleja en su rostro las huellas de aquella interesante belleza suya. Ese rostro recoge, al mismo tiempo, los trazos de la vida apasionada e intensa vivida por esta mujer extraordinaria.

Su vida de agitadora se atenúa al triunfar la Revolución rusa de Octubre, y empieza para ella su vida oficial de político. En el primer Gobierno bolchevique es nombrada comisario de Salud Pública. Y el comisario de Marina es Dybenko, un marinero.

Dybenko es el segundo marido de Alejandra. ¿Ha encontrado la Kolontay su amor verdadero, el espíritu compañero del suyo, la afinidad amorosa buscada anteriormente a través de otros amores? A Dybenko le apasiona su cargo de comisario: la vanidad y el orgullo le ciegan. Sobre su frente pasa la idea de poderse erigir alguna vez en director. Y, naturalmente, un día pasa de su despacho de comisario a la celda de una cárcel.



ALEJANDRA KOLONTAY

Un capitán francés—Sadoul—, que conoció a Alejandra Kolontay, dijo que aquel hecho lamentable influyó de modo profundo en la mujer y que la hizo empezar a perder su seducción femenina de hasta entonces. Ella tenía entonces cuarenta y seis años. Quizá fué la edad—más que la contrariedad por lo ocurrido—lo que al capitán francés le hizo ver un ocaso en la belleza de la futura embajadora.

La representación de los Soviets en el Extranjero

Estuvo alejada algún tiempo de toda actividad. Tomó luego parte en el décimo Congreso del Partido bolchevique, en el que combatió a Lenin. Sus partidarios formaban, en cierto sentido, una oposición, a la que en algunos momentos hubo que aplicar métodos represivos. Después, cuando ya esto pudo darse por pasado, Alejandra Kolontay fué la primera mujer embajadora. Marchó a Oslo. Obtuvo un excelente éxito en su gestión, y su nombre fué popular en todo el mundo. Ella obtuvo el reconocimiento *de jure* de los Soviets por parte de Noruega, y logró la firma de un favorable Tratado de Comercio.

Hace diez años pasó a ser embajadora de la U. R. S. S. en Méjico. Después volvía a Noruega. Finalmente, Suecia. Absorbida por su vida oficial y representativa, quedó a un lado su labor literaria: aquellas páginas inflamadas por la noble obsesión de la mujer nueva, libre de tutelas y cadenas, desligada de hoscos prejuicios tradicionales, dueña de su vida.

HISTORIAS DE ESPIONAJE

La gran belleza de una actriz

LA Gran Guerra había entrado ya en su tercer año. A las grandes batallas del primer tiempo, a los sitios trágicos de ciudades, sucedía ahora una lucha larga, tenaz y porfiada de posiciones, de trincheras. El espionaje actuaba intensamente. Sus redes finas, tupidas, llegaban a las unidades, a los puestos de mando, a las propias esferas gubernamentales.

En París—el París de 1917, obsesionado por la guerra, seguro de sí mismo, generoso de su sangre, heroico, sufrido y confiado—vive en ese tiempo una bella actriz extranjera, domiciliada en la ciudad desde hace unos años. Es de una gran elegancia, de un raro poder de seducción: maneras suaves, mirada profunda, en la que quedan prendidas las voluntades de muchos hombres.

La actriz era vista frecuentemente en los ambientes parisinos. Ultimamente se la veía acompañada por un diplomático joven, secretario de la embajada de un país neutral. Eran novios. El parecía muy ilusionado. Se explicaba este amor hacia la mujer porque ella era de una gran atracción femenina: belleza, simpatía y elegancia se fundían en la actriz, haciendo de ella una mujer extraordinaria.

La pasión del ajedrez

Tenía la actriz una gran afición al ajedrez. No trabajaba ahora en la escena; pero esta afición había sido su obsesión apasionada en los días en que trabajó. En los intermedios, en las obras de intervención escasa, el ajedrez, en el camerino, era el gran recurso. Apartada de la escena, la afición seguía viva en la actriz. Y fué iniciando en ella a su amigo el diplomático, que muy pronto se hizo también un excelente jugador de ajedrez.

En la casa de la actriz jugaban los dos largas partidas: horas enteras con las miradas y los pensamientos puestos sobre las piezas del tablero cuadrado. Un día, ella le propuso un problema de ajedrez que por la mañana había publicado un periódico. Empezaron a jugar. El tiempo pasaba y no llegaba la solución del problema. La partida seguía empeñada, y los dos tuvieron que levantarse de la mesa sin haber resuelto el problema.

—Continuaremos mañana.

Y al otro día, de nuevo con la atención y la mirada

Una mujer, un diplomático y un problema de ajedrez

Aquellas sospechosas visitas a los hospitales de guerra

fijas sobre el tablero, el problema continuó sin resolver. Ella, jugadora experta, no daba con la solución. El juego apasiona, obsesiona. La actriz, desasosegada ya, sólo vivía para la solución de aquel problema.

El insoluble problema

Hubieron de darse por vencidos. No se resolvía la partida. La mujer, sin embargo, no se resignaba.

—En mi país hay Clubs de este juego—dijo a su novio—. Cuentan con jugadores muy buenos, para los que no existen problemas ni dificultades. Pero ya sabes que yo no puedo comunicarme con mi tierra. Si tú quisieras... Podrías enviar el croquis del problema en la valija diplomática.

El no encontró obstáculo para hacer lo que la actriz le proponía. El problema de ajedrez propuesto por un

periódico a la sagacidad de los lectores franceses podría llegar de ese modo a una solución. El recorte del periódico fué enviado así, en perfectas condiciones de seguridad, a la capital del país representado por el secretario, y desde esa capital, a la del país de la actriz.

La mujer no tardó en despertar las sospechas del servicio inglés de contraespionaje. Este contraespionaje, sutilísimo, muy inteligente, actuaba en todas partes, recibía de todo. La actriz visitaba mucho los hospitales de guerra—sin tener en ellos ningún interés directo, sin tener ningún familiar herido...—, y le gustaba conversar con los combatientes allí asistidos. Este interés—se había podido advertir por los agentes del contraespionaje—era más vivo, sobre todo con cierto aviador alemán, que se había herido al lanzarse en su paracaídas sobre las líneas francesas, al ser alcanzado su aparato.

La verdad

Se registró minuciosamente al aviador alemán. Y se le encontró un duplicado del problema de ajedrez que había obsesionado a la actriz. Detenida ésta, no tardó en llegarse al esclarecimiento de lo que había tras la pasión del ajedrez.

La actriz misma había hecho publicar en el periódico el problema, que era totalmente insoluble. El diario parisino lo había publicado sin sospechar nada, naturalmente. Observando con detención el croquis, se pudo comprobar que la disposición de los peones reproducía habilísimamente la posición de las fuerzas en un determinado punto estratégico, que era sobre el que había volado aquel aviador alemán caído en las líneas francesas.

En el tablero, los peones representaban la colocación de las divisiones de Infantería. El rey era el centro de la Artillería pesada; la reina marcaba la posición de la Artillería de campaña; la torre, el sitio en que estaban en reserva los escuadrones de Caballería; el alfil, el campo de aviación. Estaba marcado hasta el sitio del Cuartel General de aquella zona.

La bellísima espía no pudo, conforme a las duras leyes de la guerra, continuar en su pasión por el ajedrez. El juego, como para tantas otras mujeres, como para tantos otros hombres, había acabado por ser su perdición.

Estampas del frente



Desde una nueva posición conquistada, los combatientes permanecen en actitud vigilante, en evitación de cualquier intento de sorpresa



El acoso de los últimos enemigos que aun intentan resistir



«Toilette» en el frente. La higiene no es abandonada en el campo de batalla por los luchadores del Ejército Popular

(Fots. Vide)

La extraña leyenda de los "cañones de Barisal"

El ruido misterioso cuyo origen no se ha podido descifrar aún

EXISTE un fenómeno científico, al que se llama, tradicionalmente, «los cañones de Barisal»: es un ruido semejante a una descarga de artillería y se oye en las proximidades de la costa india, sin un motivo cuya explicación haya podido satisfacer a nadie. Su nombre se refiere a la ciudad de Barisal, cerca de Calcuta, porque es en esa zona, pantanosa y casi inexplorada, donde con más viva frecuencia puede escucharse el citado ruido misterioso.

Los investigadores lo han estudiado minuciosamente, y ni después de realizadas todas las observaciones posibles se ha logrado dar al fenómeno una explicación racional.

Un marinero perdido

Varias leyendas y consejos han intentado explicar el hecho de esos ruidos. Una de esas leyendas refiere que hace muchos años se perdió en ese lugar un marinero británico que navegaba en una pequeña embarcación. En sus esfuerzos por salir de aquella zona, que era peligrosa, se internó tierra adentro por regiones completamente vírgenes y efectuó un descubrimiento sorprendente. Después de salvar con su bote un canal fangoso, algo mayor que los zigzagueantes cursos de agua diseminados por todas partes, fué a dar a un lago de agua cenagosa, donde quedó estupefacto al ver ante sus ojos la silueta de un barco enorme.

Era una antigua embarcación de guerra, de casco de madera, semihundida en el barro y cubierta de tal modo de hojas y ramas, que resultaba muy difícil distinguir dónde terminaba el navío y dónde empezaba la tierra. Las enredaderas tapizaban la cubierta y subían por los palos; varias ramas de árbol subían por las escotillas; las cadenas del ancla, completamente enmohecidas, caían inmóviles al costado. El agua, al correr por entre el maderamen carcomido, producía un ruido extraño.

Lea usted los domingos

CRÓNICA

30 céntimos el ejemplar

Al sorto en la contemplación del inesperado espectáculo, el marinero vió aumentar su sorpresa al escuchar que de la nave partía un grito:

—¡Pote a la vista!

El barco de guerra hundido en el pantano

El marinero levantó la cabeza, y vió que desde la borda le miraba un hombre de rostro barbudo. Poco después le arrojaban una escala de cuerdas. El mal estado de la escala—envejecida, medio rota—dificultó la ascensión. Una vez arriba, el marinero descubrió que la nave se hallaba a cargo de un grupo de hombres pertenecientes a la Marina británica de guerra. Viejos, extenuados, destrozados, había aún en ellos, sin embargo, un sentido de la disciplina tradicional inglesa. Según sus declaraciones, habían sido enviados allí a prestar vigilancia hacía varios años. Por razones que desconocían, el barco había sido olvidado por las autoridades. Cambiado el curso del río, sus aguas, hondas y abundantes en otro tiempo, se habían convertido en un enorme pantano de lecho fangoso. Era donde yacía ahora la nave.

Olvidada de los hombres, pero cumplidora de la disciplina, la tripulación seguía en sus puestos sin dejar de disparar mañana y tarde el cañonazo reglamentario al izar y al arriar la bandera. Este cañonazo intrigó a mucha gente. Pronto, en las regiones próximas, se hicieron populares, envueltos en el misterio de lo desconocido, aquellos extraños «cañones de Barisal».

Esta es una de las explicaciones que la leyenda da al extraño fenómeno. Hay otra explicación, basada sobre un hecho cierto, comprobado.

En busca de otra explicación del misterioso fenómeno

En 1776, el capitán Wallis partió a bordo del *Delphin*, en un viaje alrededor del mundo. Al año siguiente de la partida, el buque llegó a Batavia. La noche de su llegada oyó un ruido semejante a un cañonazo. No le dió una gran importancia, porque se parecía también al golpear de las olas contra la costa.

Al día siguiente, el ruido se repitió, y el capitán pudo advertir entonces más claramente su semejanza con la detonación de un disparo de artillería. Enterado de las leyendas que por allí corrían acerca de «los cañones de Barisal», a ellos atribuyó el ruido.

Hizo algunas investigaciones, y pudo comprobar que aquel ruido era, efectivamente, de un cañonazo. Siguió

adelante en sus trabajos para esclarecer el extraño fenómeno, y un día, en un lugar distante del puerto, logró descubrir el casco de un buque de guerra inglés. Lo reconoció inmediatamente.

—Es el *Falmouth*—dijo el capitán.

El barco había perdido toda su elegancia, toda su belleza. Estaba hundido en el fango, destrozado, sin apenas rastro de pintura, con los palos rotos y las velas en jirones.

Los cadáveres vivientes

El capitán Wallis subió a bordo y encontró a un grupo de hombres extenuados, que se agolparon a su alrededor, como quien halla, por fin, al salvador largamente esperado.

Wallis preguntó por el capitán, por los oficiales. Todos habían ido muriendo. Sólo un contramaestre quedaba, demente ya, en uno de los camarotes del buque.

El grupo de supervivientes contó a Wallis la odisea. Era aquel buque, efectivamente, el *Falmouth*: un buque espléndido, que había anclado en Batavia, donde, por razones que ellos ignoraron siempre, quedó olvidado de las autoridades del Almirantazgo, sin órdenes y sin provisiones. Uno a uno fueron muriendo los oficiales, agotados. Muchos marineros habían desaparecido también. Y los que quedaban podían resistir sólo por un verdadero milagro. El cautiverio, las privaciones agotaban a aquellos hombres, que no podían moverse de allí.

El misterio sigue

Nada pudo hacer el capitán Wallis por los que le imploraban que los llevase con él y que les facilitara medios para regresar a su país. Las provisiones que el capitán disponía alcanzaban apenas para ayudar a los abandonados, y sin órdenes del Almirantazgo él no podía autorizarles a volver a Inglaterra. Tuvo, por tanto, que alejarse de allí y dejar el buque a merced del tiempo.

Las noticias sobre la existencia del barco y lo que sobre él había ocurrido no tardaron en llegar a conocimiento de las autoridades navales británicas. Nada se supo después de la suerte que hubieran podido correr los supervivientes. Los viajeros llegados de Batavia al año siguiente aseguraron no haber hallado restos de la tripulación del *Falmouth*, del que sólo quedaba ya un montón de astillas. Inútiles fueron también las investigaciones ordenadas por el Almirantazgo inglés.

Esta es otra de las historias con las que se pretende hallar una explicación al fenómeno misterioso de «los cañones de Barisal».

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

PARA anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, 9, entre-suelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

APOPLEJIA - PARALISIS -

Angina de pecho, Vómito prematuro y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rumba o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), inodorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando **RUOL**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; **suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina**; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segatá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

Conservas TREVIJANO

PUBLICITAS, S. A.

ADMINISTRACIÓN DE LA PUBLICIDAD DE

PRENSA GRAFICA

AVENIDA DE PI Y MARGALL, 9, ENTLO.

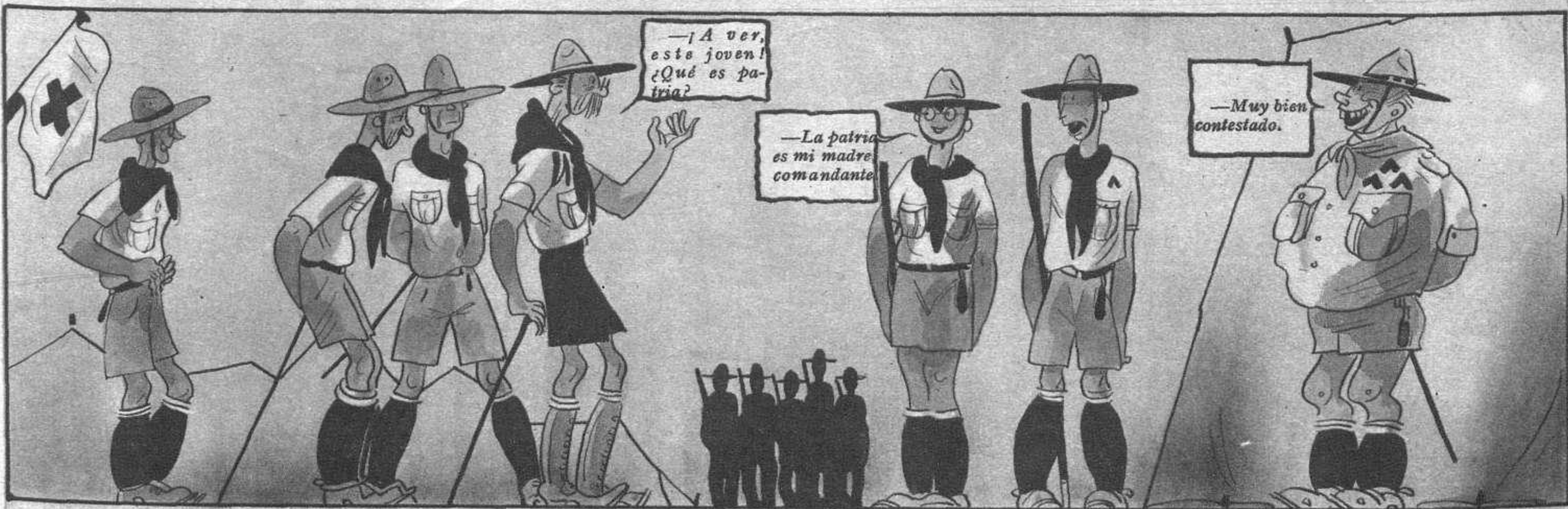
MADRID

SANGRISÁN

DEPURATIVO

PERFECTO DE LA SANGRE
Venta en todas las farmacias.

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLO



La obra de la retaguardia en Valencia

En todos los barrios de
Valencia se han organi-
zado talleres para la con-
fección de ropas con des-
tino a los combatientes y
los evacuados

mundo
gráfico

